

"Chiapas a través de los viajeros del siglo XVII: aspectos narrativos e historia descriptiva en Thomas Gage y Antonio Vázquez de Espinosa"*

Rocío Olivares Zorrilla
Universidad Nacional Autónoma de México

Poco es más sintomático del estado de una cultura, y aun de una civilización, como su particular forma de perpetuarse y de capturar los acontecimientos que la definen y la simbolizan. Los diversos modos de expresión que han formado parte de la historiografía occidental comenzaron a tomar los derroteros del testimonio ya desde la Edad Media, cuando paisajes, características humanas y aun retratos se integraron a las relaciones históricas. El Renacimiento fue transformando así la antigua tradición de los prolijos y puntuales cricones sobre reinos y reinados en un estilo historiográfico testimonial que se desarrolló bajo dos condicionantes paralelas: no sólo la tradicional de los requerimientos políticos de monarcas y gobernantes, sino también la de un público, aunque relativamente exiguo, cada día más amplio, en busca de una satisfacción más que suficiente a múltiples incógnitas y en busca también de documentos referenciales y manuales de consejos para un número cada vez mayor de programas expedicionarios. El papel de las órdenes religiosas fue clave en este cambio del "hacer historia"; sin embargo, tanto civiles como clérigos contribuyeron a crear un género que, al lado de la epístola, de la disertación y del alegato forense, se configuraba como una relación de hechos vividos y presenciados, fenómeno que ocurría simultáneamente al desenvolvimiento de la novela moderna. Las alteraciones de Fray Alonso Remón a la *Verdadera historia de la Conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz, por ejemplo, son una muestra de cómo la disputa estaba ya no sólo en los cotos de poder político de religiosos o laicos, sino también en los méritos escriturales, méritos que se encontraban ya, en los siglos XVI y XVII, en la presencialidad, en la testimonialidad de lo contado. La tenue línea divisoria que suele distinguir los textos argumentativo-expositivos de los narrativo-descriptivos es patente en las relaciones de hechos referentes a América y a otros puntos del globo terrestre donde exploradores y misioneros no sólo encarnaban al narrador intradieгético, sino que juzgaban según su propio bagaje ideológico y reflexionaban también de manera espontánea sobre lo vivido. La crónica, así, se delinea entre el ensayo y la narración para ofrecer algo de extraordinario valor para la sociedad occidental en ese entonces, una visión insustituible de aquello que es o debería ser de todos: el mundo y todas las partes que lo conforman.

El *Nuevo reconocimiento de las Indias Occidentales*, de Thomas Gage, vio la luz en 1648, cuando Cromwell presidía una Inglaterra conmocionada política y religiosamente y solicitaba fidelidad y colaboración para los proyectos internos y externos del Parlamento Inglés. A este trasfondo corresponden los resortes textuales de esta obra de Gage sobre su prolongado viaje a la Nueva España y Guatemala, que seguramente nació de sus notas de viaje, las cuales probablemente tuvo tiempo de sistematizar en Santiago de Guatemala, cuando por las noches escribía hasta la una y dos de la madrugada animado por una taza de chocolate. De tal suerte, la veracidad de los datos queda en segundo plano por partida doble: en primer lugar, la crónica testimonial de Thomas Gage asume, *per se*, una interpretación subjetiva de los hechos narrados, interpretación que se desembaraza del afán de exactitud no sólo en fechas y nombres, sino incluso en

datos cuya descripción se fía a la memoria; en segundo lugar, Gage revela una segunda intención, la de corresponder a los requerimientos del actual gobierno inglés y de la Iglesia Protestante, lo que sesga su relación de varias maneras y lo pone no sólo a salvo, sino en un lugar privilegiado ante el poder.

Como fraile dominicano, Thomas Gage, hijo de una familia de aristócratas ingleses partidarios de la Compañía de Jesús, decide viajar a las Filipinas tras una noche iluminada por el vino de jerez y la conversación de su amigo Fray Antonio Meléndez, quien no escatimó argumentos de toda índole para convencerlo de participar en la misión de los predicadores en Asia. En efecto, la condición de fraile dominico de Gage será un punto nodal de esta crónica singular sobre lo que otro inglés llamaría más tarde *serendipity*: el hallazgo involuntario durante la búsqueda de otro objeto, es decir, la sustitución, en las miras de Gage, de las Filipinas por la Nueva España y Guatemala. La posibilidad de tomar parte en la misión a las Filipinas captó inicialmente la voluntad de un Gage dispuesto a demostrar al mundo y a su familia que estaba a la vanguardia de una de los dos órdenes religiosos más ilustradas de Europa, ambas comprometidas en un vasto proyecto misional. Dejo a los oyentes investigar en los múltiples comentaristas de la obra de Gage - Thompson, Newton, Tejeda, Connaughton¹ - su particular y dificultosa relación familiar en una Inglaterra transida de cambios religiosos tan violentos como en el resto de Europa. Lo que quiero subrayar es que la misión en ultramar era entonces una poderosa directriz del clero ilustrado. Gage quiso, así, contrarrestar la ejemplaridad de las misiones jesuitas, que para entonces se encontraban en pleno auge, con la participación en las misiones dominicanas, de las que seguramente estaba muy bien informado además de lo que pudo oír aquella noche de Antonio Meléndez, pues es claro, a lo largo del relato, que sabían muy bien él y sus compañeros dónde estaban ubicados los conventos dominicos a todo lo largo y ancho de la Nueva España y cómo llegar a ellos cuando deciden quedarse en América a pesar de tener que contradecir y escapar de sus autoridades. Desde ese momento, su partida de España, y quizá ya en preparación durante su estancia en el colegio jesuita de Saint Omer, donde lo había enviado su padre años antes, Thomas Gage no abandonará nunca, a pesar de todos sus avatares y de todas su reconversiones, dos lineamientos conductuales: la exploración y la predicación. La rivalidad con los jesuitas, sin embargo, empalidece dentro del texto del *Nuevo reconocimiento...* al lado de los múltiples y acalorados juicios de Gage sobre la conducta de los franciscanos, de los mercedarios y de los propios dominicos. Tal parece que sus principales rivales, los jesuitas, son una condicionante anterior o más allá del texto mismo, es decir extratextual, pues a la ausencia de misiones jesuitas en el sur de la Nueva España (lo que reduce al mínimo las ocasiones que pudo tener Gage de referirse a la Compañía), se aúna el hecho de que, para entonces, Gage perfilaba su *Nuevo reconocimiento...* con el fin de extender la crítica a toda la Iglesia Católica. Más aún, tal parece que, a diferencia de la lejanía relativa del texto con respecto a la orden jesuita, entre las líneas de su crónica Gage recurre una y otra vez al ejemplo de Fray Bartolomé de las Casas, a quien debió admirar desde muy joven, cuando ingresó a la orden de los predicadores en Valladolid.² La figura señera de Las Casas le sirvió como contraparte ejemplar ante la popularidad de la Compañía (que tan terribles consecuencias tendría en Inglaterra), y así como sucedió con representantes de primera línea de la literatura novohispana -Sigüenza y Góngora, Clavijero y hasta Fray Servando Teresa de Mier-, por no mencionar a tantos historiadores, como sus contemporáneos Remesal o Vázquez de Espinosa. Fray Bartolomé inspiró a Thomas Gage como

¹ Ver bibliografía.

² Introd. a Thomas Gage, *Viajes...*, p. 12.

misionero, como predicador, como polemista y como escritor. El hecho de que su padre lo desheredara en el momento de tomar la decisión crucial no hizo, pues, más que avivar la determinación juvenil de encarnar un modelo cuyas virtudes emulará después en su sincera simpatía por los indígenas y en su crítica acerba a la conducta de los criollos, pero tomando parte también, como Las Casas, en el complejísimo fenómeno conocido como la Leyenda Negra de España, alimentada sobre todo por Inglaterra y Francia.

Más interesante aún que el propósito misionero de Thomas Gage es quizá su línea crítica de la sociedad novohispana. Como inglés, nos recuerda Dionisia Tejera,³ las Indias le estaban vedadas a Gage jurídicamente. Su picaresco encubrimiento -por parte de su superior dominico- dentro de un barril de galletas en el buque que zarpó a América camino a las Filipinas, es síntoma de que dicha prohibición no parecía justa no sólo a los no españoles, sino a muchos de los propios hispanos, sobre todo religiosos. Y a pesar de que el peligro de las incursiones francesas, inglesas y holandesas a las Indias era una de las preocupaciones centrales del régimen español, es imposible negar que la enorme curiosidad acerca de la mentalidad y el carácter de los pueblos indios y de los criollos que tenían otras naciones europeas y que fue correspondida con descripciones y datos aportados por los pocos que pudieron ingresar a la Nueva España, ahora, a la distancia de varios siglos, son de invaluable interés en el conocimiento de los grupos sociales cuyo desenvolvimiento imprimirá un semblante definitivo a la historia de Hispanoamérica. Norman Newton⁴ señala, incluso, que a diferencia de Las Casas, Gage descubre, con mucha mayor frecuencia que la crueldad para con los indios, que los criollos eran fundamentalmente veniales. Su proclividad a la codicia, a la molicie, a la gula y a la lujuria escandaliza a un Gage protopresbiteriano, y sin que sepamos a ciencia cierta si todas esas críticas las elabora desde su estancia en la Nueva España y Guatemala o ya en Inglaterra, a través de esa caracterización de los criollos Gage nos brinda algunas de las páginas más memorables del *Nuevo reconocimiento de las Indias Occidentales*. En parte extratextual y en parte intratextual, por tanto, su enjuiciamiento de la población criolla nunca aflora mejor que en los pasajes en los cuales relata hechos y dichos concretos, como aquéllos que acontecen en Guatemala, donde se maltrataba y torturaba indeciblemente a los indios, esclavos *de facto* a pesar de las propias leyes españolas, o en Chiapa la Real, donde las señoritas acomodadas, integrantes de la clase social forjada por los conquistadores Mazariegos y Solórzano, tomaban el chocolate que repetidas veces les servían humeante sus criadas durante el desarrollo de la misa en la Catedral. Las jóvenes insistirán en su hábito a pesar de las reconvenciones y prohibiciones de las autoridades eclesiales, sobre lo que Gage nos relata escenas que ahora nos resultan cómicas sobre capellanes y canónigos abalanzándose a las obedientes criadas para arrebatarles el chocolate en plena misa catedralicia. Pero las mujeres de Chiapa la Real no se contentarán con seguir pecando de esa venialidad, sino que llegarán incluso al homicidio del paternal obispo regañón, dándole seguramente una sopa envenenada de su propio chocolate, de lo cual será testigo Gage y lo que nos trae a la memoria a Fray Bartolomé de las Casas encarcelado y torturado por los encomenderos de esa misma Chiapa el siglo anterior. Genio y figura de los criollos serán así uno de los pivotes en el engranaje de una relación en la cual también se desenvuelve, de manera principalísima, la descripción de las costumbres de los distintos pueblos indios, atenta y encomiástica por su civilidad y observancia cristiana desde el inicio hasta la estancia de Thomas Gage en Chiapa de los Indios, pero cuya culminación

³ *Ibid*, p. 6.

⁴ Newton, p. 12.

son, paradójicamente, los episodios de hechicería, nahualismo e idolatría durante su residencia en Mixco y Pinola. Y es verdad: muy lejos estaba la realidad de los indios durante la colonia de esa imagen superficial de fervientes cristianos que todavía es una de las cuestiones vivas de nuestra cultura. Los actuales investigadores del sincretismo cultural de los pueblos indios, como Mario Humberto Ruz,⁵ han recopilado infinidad de datos acerca de cuán superficial era el cristianismo de los grupos indígenas chiapanecos durante el Virreinato y aun después. Fundaban cofradías aparentemente piadosas bajo cuyo amparo celebraban antiguos rituales presididos por sacerdotisas que invocaban a los dioses y diosas de la lluvia o del sol. Ofrecían animales a Nandadá, Nombobí, Mohotove, Nemí, Meviti y otros espíritus elementales con los cuales hablaban,⁶ como con la Chan Santa Cruz hasta la actualidad, y a los cuales consultaban como oráculos. Gage, por su parte, nos ofrece algunos de los relatos más novelescos de su crónica cuando, siendo sacerdote residente en Pinola y Mixco, tuvo que enfrentarse a la bruja india Marta de Carrillo, quien le pedía los negados sacramentos dándole falsos regalos como miel con lombrices, huevos güeros y pescados llenos de larvas. El colmo fue cuando Gage era despertado, en la profundidad de la noche, por el abrir y cerrar de las puertas de su casa, y levantándose con los cabellos de punta, buscaba inútilmente al visitante furtivo. Gage tuvo a bien iniciar aquí su carrera de acusador religioso enviando a la cárcel a la Carrillo, donde ella murió a los dos meses. No menos novelesca es la historia de dos nahuales que, respectivamente, se transformaban en puma y tigre por las noches para luchar entre sí, y a uno de los cuales tuvo que asistir *in articulo mortis* bendiciendo, sin saber aún de qué se trataba, las heridas infligidas por los colmillos y garras del contrincante. El episodio sobre la idolatría, en el cual Gage descubre en una cueva una cabeza de madera que supuestamente hablaba y respondía a las preguntas de sus adoradores, es doblemente interesante no sólo por el hecho mismo relatado, sino porque Thomas Gage muestra ahí su afán de ejemplaridad misionera cuando, como un Hernán Cortés camino a Tenochtitlan, hizo pedazos el ídolo en plena iglesia frente a los feligreses y mandó quemar ahí mismo los pedazos. El espectáculo le costó a Gage una emboscada de los humillados idólatras, tras la cual, a pesar de sobrevivir y ver el castigo de los culpables, quedó con una cicatriz de cuchillada en la mano y algunos dientes menos. Es así como Gage se incluye en ese selecto grupo de misioneros europeos con cicatrices, mutilaciones y marcas físicas de su ímpetu evangelizador, entre los cuales destacaban sus rivales jesuitas. Para ese entonces un Thomas Gage ya cansado y desalentado quería volver a Inglaterra por su cuenta, pues sus superiores le daban largas. En clara contradicción con el espíritu de sus críticas a otros religiosos,⁷ había acumulado una gran cantidad de dinero, producto de sus servicios espirituales, el cual, por su peso excesivo, tuvo que canjear en parte por perlas, cosiendo el resto a su ropa. Y así, literalmente forrado, Thomas Gage emprende el regreso a Europa a contar lo que ha vivido. No obstante, sus testimonios de lo que ocurría en Chiapa de los Indios, hoy Chiapa del Corzo, son un dechado de admiración ante el arte con que los indios evangelizados celebraban fiestas en que simulaban combates navales en embarcaciones que construían para navegar por el río, imitaban a personajes de la mitología clásica, representaban comedias espléndidas, corrían toros y jugaban a las cañas con gran habilidad, artes y destrezas, en fin, que hoy son ocupación de los estudiosos de las diversas manifestaciones indígenas y mestizas de la Nueva España aculturada, donde frecuentemente destellan caracteres de la cultura autóctona que, aunque sometida, presta

⁵ Ruz, pp. 50-51.

⁶ *Ibid.*

⁷ Newton, p. 128.

su particular enfoque y su propio concepto del histrionismo y de la escenografía a las obras de corte europeo, las cuales muchas veces llegaban a servir sólo como recipiente de otros contenidos. El relato de Gage sobre los enterramientos de los reyes en Michoacán, poco antes de llegar a la región de Chiapas, es también admirativo y muy extenso y detallado, a pesar de que los purépechas le pareciesen crueles por hacer que en la muerte acompañasen al monarca sus criados y mujeres. Pero poco a poco la visión de Gage irá acercándose a la cotidianidad de la vida indígena. Las observaciones de Gage sobre la condición de los grupos indios y de los esclavos negros a lo largo de su crónica son por demás sintomáticas de su postura lascasiana, a pesar de su falta de compromiso real. Fue sobre todo durante su estancia en la región de Guatemala donde Gage presencié maltratos y torturas que sobrepasaban todo lo que había atestiguado hasta entonces. Tanto negros como indios eran objeto de vejaciones inimaginables, y su asesinato era apenas más importante que la matanza de animales. Lejos de adoptar una actitud justiciera, Gage se vio integrado, como un personaje más de esa historia, a la postura generalizada de los representantes eclesiásticos, que más bien participaban de la pingüe ganancia que el maltrato a indios y esclavos negros aportaba a los criollos. Sólo la existencia factual de su crónica, con sus señalamientos y denuncias, es lo que lo aproxima a su modelo del siglo anterior. Si Gage no abogó nunca mayormente por la mejoría de las condiciones de sus evangelizados, la puntualidad de sus declaraciones, injustamente censuradas por los "enemigos de la leyenda negra", se añaden a los testimonios de Las Casas.

Sólo dos grupos sociales con los cuales trató Gage y que aparecen retratados en su crónica, igualan en prolijidad y viveza de detalles las costumbres de los indios. Me refiero a las descripciones que nos hace de los hábitos desvirtuados de los frailes que se encontraba a su paso, empezando por los lujos de que vivían rodeados los franciscanos, a quienes visitó desde su llegada a Veracruz, y la conducta de los distintos ejemplares de mujeres novohispanas, sobre las cuales recae la especial atención de Thomas Gage, quien muy explicablemente contrajo matrimonio en Inglaterra una vez que abrazó el protestantismo. Indios, frailes y mujeres formaban parte importante de la vida cotidiana de Gage, y como tal, fueron objeto de inolvidables retratos, los cuales han sido retomados por cronistas modernos, como Fernando Benítez,⁸ quien cita esos pasajes de Gage en que las acaudaladas mujeres de la ciudad novohispana, sociables y desembarazadas, invitaban a los visitantes europeos que pasaban por la calle, como él, a jugar a las cartas "una manecilla de primera", cuando por entonces en España todavía era vigente el recogimiento femenino impuesto por Felipe II. Los conventos de monjas de la Nueva España entrenaban a sus pupilas en representar lujosas comedias para las cuales las niñas eran ataviadas de manera delumbrante, espectáculo que era la predilección de la aristocracia novohispana, lo que viene a contradecir, una vez más, la idea equivocada, pero extrañamente extendida entre académicos europeos,⁹ de que la vida religiosa y el teatro no eran compatibles en la época colonial. Por su parte, las mulatas libres y cortesananas que describe Gage desde la punta de la cabeza hasta la punta de los pies, con todas sus prendas y adornos naturales y artificiales, sólo compiten con las descripciones que Carmen Martín Gaité¹⁰ recopila de las chulas madrileñas en el

⁸ Benítez, p. 12.

⁹ Me ha tocado presenciar una discusión en torno a este asunto en el congreso sobre Sor Juana Inés de la Cruz realizado en el Claustro de Sor Juana en la ciudad de México, en 1995. Algunos de los participantes de España insistían en que era absurdo que se relacionara a una monja con la vida teatral. Los datos históricos desmienten esa idea repetidamente en el caso novohispano.

¹⁰ Martín Gaité, caps. II, pp. 57-93, y VII, pp. 186-202.

siglo XVIII. El corolario de esta contemplación mórbida, en parte escandalizada y en parte fascinada, lo tenemos en el episodio de la presunta envenenadora del obispo de Chiapa la Real, quien le enviaba a Gage un sinfín de regalos, hasta que un día Gage recibió en un ramo de flores dos figuras de corazón atravesadas por una flecha, tras lo cual se retiró de la ferviente admiradora, no sin recibir una amenaza de esa señorita que lo obligó a vigilar todo lo que se llevaba a la boca desde entonces.

¡Y vaya que las cuestiones del estómago eran primordiales para Thomas Gage! El *Nuevo reconocimiento...* oscila entre el lujo gastronómico de los conventos y el ayuno con limones de las expediciones por las montañas. Gage sufre inenarrablemente cuando falta el alimento, y era el peor castigo que se le podía aplicar, como cuando lo dicta para él y los otros dominicos prófugos el provincial de Chiapa la Real, con el fin de satisfacer los reclamos de favoritismo de los criollos del convento. Gage y sus compañeros tenían que sentarse en el piso y estar a pan y agua durante varios días, con lo cual se calmaron los celos criollos. El castigo fue aparente, pues por las noches ya los esperaba secretamente una opípara cena en sus celdas. Las succulentas descripciones que Gage nos ofrece de la variedad de platos y su composición, quieren ser contrarrestadas por el narrador suscribiéndose a la conocida superstición europea acerca de la poca sustancia de alimentos y habitantes americanos. Es así como Gage excusa que cada dos horas tuviese un hambre desfallecedora a pesar de haber ingerido varios platos de distintas carnes a la vez. Sólo el chocolate paliaba esos ratos difíciles en los ayunos forzosos, en las expediciones, en los ratos de ocio. Podría decirse, sin exagerar, que el chocolate es un *leit-motiv* y el estímulo del hilo narrativo de Gage a lo largo del *Nuevo reconocimiento...*

Pero costumbres y caracteres son la manifestación más cotidiana de un propósito rector en la relación de Gage sobre la Nueva España y Guatemala: la exploración. Sus informes sobre la vulnerabilidad militar en distintas partes del territorio novohispano pretenden servir a los intereses del gobierno inglés. Gage terminará después sus días víctima de una epidemia durante el ataque a las islas de Jamaica y Cuba por las tropas inglesas a las cuales acompañaba por orden de Cromwell, y que destruyeron y saquearon cuanto encontraron a su paso. A pesar de ver frustrado al final de su vida el deseo de una colonización mejor que la de los españoles, Gage dejó oficiosamente constancia de todos los puntos débiles de los colonos hispanos: la ausencia de fuertes, los puertos descuidados, el ejército escaso, así como una topografía de las regiones que cruzaba tampoco exenta de episodios llenos de emoción, como cuando escaló los Montes Quelenes para llegar a Chiapas. Con él compartimos la visión aterradora de los abismos cuando era azotado por los vientos a los que, espantado, ponía los nombres de la mitología griega. Con él también temblamos de miedo al escuchar imaginariamente el estrépito nocturno de los cazadores de fieras que los sorprendió a él y a su caballo en la completa soledad del páramo de Ixtepec. La relación de Thomas Gage es de los sentidos a la médula de los huesos, y de ahí hacia fuera, a la pluma y el papel. En tiempos de Gage sólo relaciones como la de Bernal Díaz, que vio la luz en 1632 y que quizá Thomas Gage conoció, provocaban a su lectura esa duplicación de sensaciones en la mente del lector. Frente a ellas, las crónicas oficiales se ajustan a los modelos prefijados de introducción histórica y política escueta y amplia descripción física del lugar estudiado, en la que orografía, hidrografía, principales industrias, fauna y flora son los pasos sistemáticos, sin importar mucho que el autor los hubiese visto con sus propios ojos o no. Los antecedentes dominicanos de Thomas Gage, como Fray Tomás de la Torre y Fray Antonio de Remesal, que cumplieron esta tarea a la luz de Las Casas, son fundamentalmente documentales y estadísticos, y sin negar su gran valor histórico,

anteponen, como relatores, su vocación de servicio. Algo similar ocurre con el *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*, del fraile carmelita Antonio Vázquez de Espinosa. A pesar de que este defensor, también lascasiano, de los indios de toda la América Hispánica, nos brinde también múltiples observaciones personales, en Vázquez de Espinosa domina la inmensa envergadura de su proyecto, y la abundancia de datos que recoge e incorpora, aun sin haberlos comprobado, lo coloca entre los mejores informantes de datos estadísticos de su tiempo. Es así como nos encontramos con el curioso hecho literario de que la imaginación del escritor es más proclive a la fantasía cuando sólo relata de oídas. En Vázquez de Espinosa no hay sensaciones ni emociones, no interioriza la experiencia de la misma manera que Gage. Lo que sí encontramos entre los datos positivos de su *Compendio...* son seres fantásticos: monos acuáticos rayados como tigres que aprietan con la cola las piernas de los hombres para ahogarlos; reptiles con alas que se mueven pesadamente por la selva chiapaneca, cerdos-jabalíes con el ombligo a la espalda, serpientes de dos cabezas o el árbol Dragón que destila sangre. Relaciones como la de Vázquez de Espinosa nos demuestran cuánto de imaginación puede haber en la ciencia. Thomas Gage, por el contrario, sólo comparte este peculiar espíritu científico del siglo XVII cuando describe las cualidades al mismo tiempo frías y cálidas, secas y húmedas del chocolate, haciendo acopio de los conocimientos galénicos de su tiempo. Es como si la experiencia adquiriese en él, por sus fueros, poder e impulso narrativo. Gage también imagina hechicerías y nahuales, como lo hacía Remesal. Pero esas vivencias lo sorprenden mientras duerme o lo asaltan en su camino. Gage parece demostrarnos, a su manera, que la vida en este mundo es la imaginación de Dios puesta en movimiento, tan imprevista en su audacia y maravilla como puede ser la realidad.

Ciertamente, la historiografía pasaba por un momento crucial cuando Gage escribió su *Nuevo reconocimiento de las Indias Occidentales*. Es fácil detectar una línea de relatores desde Bartolomé de las Casas hasta Thomas Gage con Fray Tomás de la Torre y Fray Antonio de Remesal en el camino. Como dominicos que eran, es innegable en ellos el magisterio de Bartolomé de las Casas, eje del desenvolvimiento de la orden en las misiones americanas e igualmente paradigma de otras órdenes religiosas. De la Torre había servido como una de las fuentes fundamentales de la historia de Remesal, y la aproximación a la región de Chiapas y Guatemala de todos ellos es claro indicio no sólo de una genérica voluntad misionera, sino de la búsqueda específica del escenario de algunos de los más grandes y terribles momentos lascasianos. El ataque sufrido por Las Casas a manos de los habitantes de San Cristóbal, que Remesal extrae de De la Torre, seguramente tuvo la función de prevenir a Gage contra los cristobalenses, quienes le merecen siempre los más acres comentarios, tanto por su estúpida vanidad como por su rudeza, egoísmo y crueldad. Si este hecho le ha merecido a Gage las reconvenciones de algunos historiadores modernos, lo cierto es que a su relación le sucede algo parecido, salvadas las diferencias, a la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* de Las Casas. Es decir, que así como Enzensberger¹¹ observa que las acusaciones y los cálculos estadísticos de Las Casas son más bien conservadores y se aproximan a las cifras que se han establecido con métodos modernos de análisis historiográfico -muy a pesar de las censuras de exageración, demagogia e, incluso, demencia que le ha acomodado Menéndez Pidal-, de igual manera los duros juicios de Gage sobre la conducta de los criollos de San Cristóbal y toda la zona de Chiapas y Guatemala pueden corroborarse en distintos momentos de la historia de Chiapas, incluso en la actualidad. Este sesgo lascasiano es, con mucho margen de certeza, un marco más profundo, interno

¹¹ Enzensberger, p. 25.

o primigenio, quizás, que la carga intencional de Gage para hacer de su relación una apetitosa invitación al gobierno de Cromwell para invadir la América Española. Lo mismo podría decirse acerca de las críticas a la personalidad advenediza de Gage. En ellas es evidente un requisito moralista muy acorde con la ejemplaridad conductual que, hasta el siglo XIX e incluso parte del XX se imponía al escritor. Fue precisamente la experiencia del siglo XX la que puso en su lugar tales requerimientos de la recepción literaria, igualmente sesgados y condicionados ideológicamente. De mayor sustancia, sin embargo, parece ser la opción que Thomas Gage hizo de un estilo narrativo que lo acercaba a experiencias contemporáneas tan novedosas, que marcaron su huella profunda en la historiografía posterior. Desde luego, me refiero al caso de la historia de Bernal Díaz del Castillo. Sin embargo, es probable también que, aun en el caso de haber conocido directamente la obra de Bernal (Gage hablaba y leía fluidamente el español cuando regresó a Inglaterra, a tal grado, que se le dificultaba en un principio expresarse nuevamente en su idioma materno), el texto previo en torno al cual girasen sus avances y observaciones fuese la historia de Antonio de Remesal. Los conventos de Chiapas y Guatemala en los que Gage estuvo habían sido el terreno preciso del desenvolvimiento de Remesal, cuya obra se publicó en Madrid en 1619, antes de la partida de Gage a América. A su vez, la historia de Bernal Díaz fue de enorme interés para la orden dominicana desde su publicación en 1632, pues sus críticas a la versión lascasiana de lo acontecido en la región ponían el dedo, precisamente, en ese punto de referencia de las misiones de los predicadores en América. A su llegada a España y, luego, a Inglaterra en 1637, Gage ya estaba enfilado a la crítica de todas las órdenes religiosas por igual: señaladamente, la jesuita, la franciscana y la dominica. Su paso por Flandes en 1639 pudo ser el momento, si no fue anterior, en el cual tuviese noticia del texto de Bernal, señalado por su enfrentamiento a López de Gómara y Las Casas. De tal suerte, vemos que la crónica de Gage, lejos de reproducir las versiones de Remesal basadas en los relatos ficticios y autoencomiásticos de los propios cristobalenses, siguiere no sólo la línea crítica de Las Casas, sino también el estilo fresco y testimonial de Bernal, en el polo opuesto de lo que Jan De Vos ha llamado *Los enredos de Remesal*.¹²

Thomas Gage opta, así, por una crónica artística, en la cual él mismo es un personaje más entre todos. Como para Bernal, para Gage era primordial la permanencia, su permanencia, en la memoria colectiva, un afán clásico -el señalamiento de los actos heroicos de la *aristeia* griega- y a la vez moderno y centrado en la interpretación de sus receptores. Es dentro de esta particular hermenéutica como hemos de juzgar la crónica de Thomas Gage, una en la cual *lo dicho* se enfrenta a *lo entendido* y *lo interpretado*, y espera una respuesta, un diálogo y una retroalimentación. Finalmente, Gage nos ofrece, en la proyección personalísima de su relato, el resquicio idóneo para seleccionar como *verdad* aquello que nos exige nuestra propia e insustituible experiencia como lectores.

Bibliografía citada

Benítez, Fernando. *Historia de la ciudad de México*, t. 3, México, Salvat, 1984.

Enzensberger, Hans Magnus. *Fray Bartolomé de las Casas. Una retrospectiva al futuro*, México, U.N.A.M., Coordinación de Difusión Cultural, 1987 (Textos de Humanidades).

¹² Jan de Vos, pp. 24-50.

Gage, Thomas. *Nueva descripción de las Indias Occidentales*, Pról. de Brian F. Connaughton, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994 (Mirada Viajera).

------. *Viajes por la Nueva España y Guatemala*, Ed. de Dionisia Tejera, Madrid, Historia 15, 1987 (Crónicas de América, 30).

------. *Thomas Gage's Travels in the New World*, Ed. e introd. de Eric S. Thompson, University of Oklahoma, 1958.

Martín Gaité, Carmen. *Usos amorosos del dieciocho en España, México, Siglo XXI*, 1972.

Newton, Norman. *Thomas Gage in Spanish America*, London, Faber and Faber, 1969.

Remesal, Antonio de. *Historia general de las Indias Occidentales y particular de la Gobernación de Chiapa y Guatemala*, Biblioteca de Autores Españoles, t. CLXXV, Ed. y estudio preliminar de Carmelo Saenz de Santa María, Madrid Atlas, 1964.

Ruz, Mario Humberto. "Memorias de Río Grande", en *Chiapas. Los rumbos de otra historia*, México, UNAM, 1995, pp. 43-70.

Vázquez de Espinosa, Antonio. *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*, Biblioteca de Autores Españoles, t. CCXXXI, Ed. y estudio preliminar de B. Velasco Bayón, Madrid, Atlas, 1969.

------. *Descripción de la Nueva España en el siglo XVII*, Pról. de Mariano Cuevas, México, Patria, 1944.

De Vos, Jan. *Los enredos de Remesal. Ensayo sobre la conquista de Chiapas*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992.

* Publicado en *Homenaje a Alejandro de Humboldt. Literatura de Viajes desde y hacia Latinoamérica. Siglos XV – XXI*, Oaxaca, Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca, Editorial Color Digital, 2005, pp. 234-241.